

Traducción de
HORACIO PONS

JEAN-JACQUES MARIE

TROTSKI

Revolucionario sin fronteras



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 2006
Primera edición en español, 2009

Marie, Jean-Jacques

Trotsky : revolucionario sin fronteras . - 1a ed. - Buenos Aires :
Fondo de Cultura Económica, 2009.
624 p. ; 23x16 cm. - (Tezontle)

Traducido por: Horacio Pons
ISBN 978-950-557-812-2

I. León Trotsky. Biografía. I. Pons, Horacio, trad. II. Título

CDD 923

Diseño de tapa: Juan Balaguer

Título original: *Trotsky. Révolutionnaire sans frontières*
ISBN de la edición original: 2-228-90038-9
© 2006, Payot & Rivages

D.R. © 2009, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusto 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-812-2

Comentarios y sugerencias:
editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial, por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Índice

<i>Palabras preliminares</i>	9
<i>Árbol genealógico</i>	20
I. <i>El aprendizaje inicial</i>	21
II. <i>Leninista efímero</i>	39
III. <i>Del Domingo Rojo a los sóviets</i>	53
IV. <i>Interludio</i>	75
V. <i>La carnicería heroica</i>	101
VI. <i>Doble poder</i>	119
VII. <i>El Rubicón de octubre</i>	137
VIII. <i>La paz de los bandidos</i>	155
IX. <i>Guerra civil</i>	171
X. <i>Una ciudadela sitiada</i>	189
XI. <i>La revolución a la orden del día</i>	205
XII. <i>Comunismo de guerra</i>	221
XIII. <i>De la polémica sindical al viraje</i> <i>de la Nueva Política Económica (NEP)</i>	237
XIV. <i>Tensiones</i>	255
XV. <i>La alianza Lenin-Trotsky</i>	267
XVI. <i>La malhadada tregua</i>	283
XVII. <i>Trotsky contra el aparato</i>	295
XVIII. <i>Las lecciones de Octubre</i>	309
XIX. <i>Stalin contra Trotsky</i>	331
XX. <i>Del exilio en Alma-Ata a la Oposición Internacional</i>	365
XXI. <i>Cómo combatir el fascismo</i>	391

XXII. <i>El fin de una época</i>	423
XXIII. <i>La revolución traicionada</i>	465
XXIV. <i>México</i>	491
XXV. <i>Contra la corriente</i>	543
XXVI. <i>El asesinato</i>	563
<i>Conclusión</i>	583
<i>Cronología</i>	587
<i>Mapas</i>	591
<i>Bibliografía</i>	593
<i>Índice de nombres</i>	603

Palabras preliminares

NUMEROSOS PERSONAJES HISTÓRICOS, como Napoleón, han suscitado un odio que se disipó con el paso del tiempo. En cambio, otros, como Robespierre o los jacobinos, siguen siendo perseguidos por una vindicta tenaz. En Francia, los partidarios de la Unión Europea y de la dislocación de los Estados naciones en un mosaico de regiones se dedican a denunciar y demoler la herencia política que representa un obstáculo a esa disgregación; caricaturizan a los jacobinos, presentados como maniáticos sangrientos de la guillotina e inventores paranoicos de complots fantasmagóricos. Trotski y los trotskistas sufren, centuplicada, similar suerte. Así, un periodista escribe en 2002 que cuando la teoría de la “revolución permanente” del trotskismo “inspira a quienes tienen las riendas del Estado, la locura ya no tiene límites”. Por otra parte, los discípulos de Trotski utilizarían tanto “la astucia como el terrorismo, la manipulación o la infiltración, el complot y la guerrilla”.¹ En su número del 30 y 31 de julio de 2005, el *Financial Times*, que por lo común se interesa más en el comportamiento de la bolsa, la salud de los mercados financieros y la marcha de las privatizaciones que en la historia remota, califica a Trotski, encarnación de la propiedad colectiva, de “monstruo moral [...], asesino masivo que quiso someter el mundo de una sola vez y para siempre, en vez de hacerlo fragmento por fragmento como Stalin”: ¡peor, pues, que este último!

¿Por qué el fantasma de Trotski asedia a tantos espíritus? Ayer, el encono del que era objeto apuntaba al representante de la Revolución Rusa. Stalin persiguió en él esa misma herencia, su voluntad de luchar contra la

¹ Christophe Nick, *Les Trotskystes*, París, Fayard, 2002, pp. 144, 145 y 153.

burocracia parasitaria y construir una nueva Internacional continuadora de las tres primeras, luego de la quiebra de la tercera. Si el encono y la caricatura se perpetúan, es porque el período abierto por la revolución de octubre de 1917 aún no se ha cerrado.

Retomando una frase de Rosa Luxemburgo, la revolucionaria alemana asesinada en 1919, el manifiesto de fundación de la Internacional Comunista, redactado por Trotski, afirmaba que la humanidad estaba frente a la siguiente alternativa: "Socialismo o barbarie". La fase imperialista del capitalismo, hoy evocada por medio de palabras asexuadas como "globalización" o "mundialización", significa que este último, antaño motor del desarrollo de las fuerzas productivas, se ha convertido en factor de regresión y destrucción. La dominación del capital financiero anuncia una crisis mortal del capitalismo. Para sobrevivir, éste apela a la organización de la desindustrialización y el reemplazo de la industria por actividades parasitarias como la economía de la droga –que amasa más de 600 mil millones de dólares por año y destruye a millones de personas en el mercado de la prostitución–, la producción de diversos narcóticos religiosos (pululación de religiones y sectas) y el desarrollo de sectores en permanente expansión llamados "de servicios", que producen y venden aire (comunicación, publicidad, todo tipo de estudios de auditoría y asesoramiento). Bajo el impulso del Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Unión Europea, el desentendimiento sistemático del Estado entrega sectores enteros y vitales de la existencia de todos y cada uno a los apetitos insaciables de lo privado.

Trotski se consagraba a la defensa de la Unión Soviética, pese a su monstruosa degeneración burocrática y policial, en razón del progreso que representaban la propiedad estatal y la planificación económica. A su juicio, ese progreso sólo podía preservarse mediante la extensión de la revolución a los principales países industrializados. La historia lo ha confirmado: en 1922, el ingreso de un ciudadano soviético era 33 veces más bajo que el de un ciudadano estadounidense. A pesar de la espantosa devastación y los 27 millones de muertos de una Segunda Guerra Mundial que enriqueció a Estados Unidos y aseguró su dominación planetaria, a pesar de la carrera armamentística impuesta por ese país a la URSS y a pesar de los enormes gastos del parasitismo estaliniano, la diferencia ya sólo era de uno a cuatro o cinco en 1990, cuando la descomposición de la bu-

rocracia dominante y la presión económica y militar del imperialismo estadounidense provocaron la explosión de la Unión Soviética.

En 1936, Trotski había pronosticado que la caída de la propiedad estatal en la Unión Soviética entrañaría un hundimiento económico y cultural, respecto del cual no podía adivinar las formas exactas que asumiría sesenta años después: un saqueo destructivo y generalizado que forzó a una tercera parte de la población a vivir del producto de sus huertas o parcelas de tierra, de la pesca, de la caza y hasta de la recolección o el trueque. Ésa es una de las marcas de la descomposición global del sistema de propiedad privada de los medios de producción.

Para sobrevivir en nuestros días, ese sistema organiza a escala planetaria una política general y sistemática de baja del costo laboral y de destrucción de las conquistas sociales, los códigos de trabajo y las convenciones colectivas en nombre de la "flexibilidad", la "movilidad", la "adaptabilidad", la "desreglamentación" y la "desregulación". Destruye Estados enteros como Yugoslavia e Iraq, arruina África después de haberla saqueado y provoca en ese continente interminables guerras llamadas "interétnicas", fruto de su dominación; liquida las instituciones democráticas en beneficio de instituciones totalitarias como las europeas (Comisión, Banco Central) que escarnecen los fundamentos de la democracia política (elección, publicidad de los debates, rendición de cuentas al término del mandato), e intenta subordinar o integrar, y por lo tanto desnaturalizar, los sindicatos. Los partidos socialistas y comunistas, fundados antaño para instaurar la propiedad colectiva de los medios de producción, se pronuncian hoy por doquier a favor de la propiedad privada y, una vez en el gobierno, privatizan sin contemplaciones. Para defender el derecho de saqueo de las multinacionales, al parecer en nombre de la "democracia", las bases y los contingentes militares estadounidenses se expanden por el mundo como metástasis. Estados Unidos y el Banco Mundial financian en profusión a las llamadas organizaciones "de la sociedad civil" para reemplazar partidos y sindicatos, instituciones tradicionales de la democracia.

La calumnia, escribió Trotski un día, forma parte integrante de la vida política. De ordinario, afecta a quienes quieren modificar el orden existente, en el cual ven una fuente de injusticias y un obstáculo al desarrollo de la

civilización humana. En ese aspecto, nadie más afectado que León Trotski (1879-1940), a quien la calumnia persigue aún casi setenta años después de su muerte.

Todo empieza en 1913: Trotski, corresponsal del diario liberal ruso *Kievskaja Mysl* en la Guerra de los Balcanes, denuncia un día las bárbaras sevicias infligidas a los prisioneros turcos por soldados y oficiales búlgaros. La prensa gubernamental rusa lo presenta al punto como un agente pago de la monarquía austrohúngara.

No es más que un modesto comienzo. Expulsado de Francia en 1916 por su oposición a la guerra, refugiado en Estados Unidos, país del que intenta irse al producirse el derrocamiento de la monarquía rusa a principios de marzo de 1917, llega a Petrogrado el 5 de mayo. De inmediato, el embajador inglés George Buchanan lo acusa de haber recibido en Estados Unidos 10.000 dólares de una agencia alemana para derribar al gobierno provisional ruso, partidario de la guerra. El diario del Partido Constitucional Demócrata (Kadete), favorable a la continuación del conflicto, hace respetuosamente suyas las palabras del embajador.

Un año más adelante, el barón Wrangel, general en jefe del Ejército Blanco de Rusia del sur, al encontrarse un día con un antiguo compañero de armas en servicio en el Ejército Rojo, le reprocha “trabajar en colaboración con el espía alemán Trotski”, por entonces comisario del pueblo de guerra.² Algunos círculos antisemitas de la emigración rusa lo acusan al mismo tiempo de haberse desempeñado en la Ojrana, la policía política del zar. El escritor monárquico Aleksandr Kuprin, que retornará triunfalmente a la Unión Soviética de Stalin en 1937, retoma ese rumor en la *Nouvelle Vie russe* del 20 y 21 de enero de 1920.

Por su lado, los blancos representan a Trotski como un asesino sanguinario: una caricatura lo describe como un Gengis Khan rojo de nariz ganchuda que blande la estrella de David encima de un montículo de cráneos idéntico a los que Tamerlán levantaba otrora en las puertas de las ciudades que asolaba, mientras marineros y soldados chinos y mongoles hurgan negligentemente en ellos con sus bayonetas. En consonancia con esta idea, el fascista François Coty lo denunciará en 1932 como “el más

² Piotr N. Wrangel, *Vospominania*, Fráncfort, Possev, 1969, p. 66.

grande asesino de todos los tiempos, que se llamaba Bronstein en el gueto”. Y en el diario *Rex* del 14 de agosto de 1936, en el momento mismo en que Stalin lo califica de agente de la Gestapo, el fascista belga Léon Degrelle exclama: “No vería ningún inconveniente en que a este hebreo que lleva en sus garras la sangre de millones de obreros rusos le clavaran un puñal de 30 centímetros en medio de los omóplatos”.

En enero de 2001, la revista rusa *Novy Mir* compara *Mi lucha* de Hitler con *Mi vida* de Trotski, y concluye: “Trotski también era un cochino, pero escribía mejor”.³

Diversas falsedades enriquecen esta imagen del asesino. En marzo de 1921, los marineros y la guarnición de Kronstadt se levantan contra el gobierno bolchevique. El mismo día del aplastamiento de la insurrección, un monárquico ruso, instalado en Finlandia, menciona un “decreto [imaginario] de Trotski en que se dispone el exterminio de todos los habitantes de la ciudad amotinada mayores de 6 años”.⁴ En 1923, un tal Melgunov, coleccionista de rumores y chismes, cuyo libro *La Terreur rouge* acaba de ser reeditado en Francia,* acusa a Trotski de haber hecho fusilar, durante la toma de Sebastopol de 1920, a 500 estibadores y 50 mil oficiales.

La lucha librada por Trotski contra Stalin y su burocratización galopante desde 1923 dan una nueva dimensión a las denigraciones. Bajo la batuta de Stalin, Trotski se convierte en un cómplice de los guardias blancos, un contrarrevolucionario y, para terminar, un terrorista, un saboteador, un envenenador y un agente de los servicios secretos alemanes, ingleses, estadounidenses, japoneses, a elección o al mismo tiempo. Los burós políticos de los partidos comunistas del mundo entero lo repiten, a menudo con la complicidad silenciosa de la llamada *intelligentsia* progresista. En su edición del 30 de enero de 1937, *L'Humanité* lo representa ante un

³ *Novy Mir*, núm. 1, 2001, p. 235.

⁴ Jean-Jacques Marie, *Kronstadt*, París, Fayard, 2005, pp. 341 y 342.

* Serguéi P. Melgunov, *La Terreur rouge en Russie, 1918-1924*, París, Syrtes, 2004 [trad. esp.: *El terror rojo en Rusia (1918-1924)*, Madrid, Caro Raggio, 1927]. [N. del T.]

mapa de Europa, con un cuchillo de carnicero en la mano, mientras arranca una Ucrania ensangrentada de manos de la Unión Soviética para ofrecérsela a Hitler, y se prepara para recortar la región de Vladivostok con el fin de entregarla al emperador de Japón. En el segundo de los procesos de Moscú, en enero de 1937, el fiscal actuante, Vyshinski, denuncia incansablemente a Trotski y los “bandidos trotskistas”, acusados de

sabotaje, actos de diversión, espionaje, actividad terrorista y traición a la patria [...]. El trotskismo se ha convertido en una de las sucursales de las SS y la Gestapo [...], un destacamento de vulgares bandidos, espías y asesinos, que se han puesto a plena disposición de los servicios de espionaje extranjeros [...]. Trotski y los trotskistas son hoy un destacamento de vanguardia del fascismo, un batallón de asalto del fascismo.⁵

En París, Charles Maurras, que en 1940 saludará la derrota de la República francesa como una “divina sorpresa”, ve en el proceso de Moscú la confirmación de que Trotski y los trotskistas están a sueldo de Alemania.

La revista *La Internacional Comunista* de abril de 1938, escrita en Moscú, afirma que “Trotski, enemigo encarnizado de toda la humanidad avanzada, trabaja como espía al servicio del Comité de Espionaje alemán desde 1921, y del Intelligence Service desde 1926”. Refinamiento supremo, Stalin se empeña en poner esta fábula en labios de los condenados de los procesos de Moscú, obligados por la tortura física y moral a denunciar sin descanso al “fascista” Trotski. En julio de 1938, la NKVD, la policía política de Stalin, secuestra a su secretario Rudolf Klement, lo asesina, lo decapita, descuartiza su cadáver y lo arroja al Sena, y luego saca a relucir una presunta carta en la que la víctima afirma haber decidido romper con Trotski al descubrir sus vínculos con la Gestapo. Es cierto, la falsedad es grosera: si Klement hubiera querido hacer esa confesión, la NKVD lo habría presentado ante la prensa en vez de cortarle la cabeza.

⁵ *Le Procès du centre antisoviétique trotskyste*, Moscú, Commissariat du peuple de la Justice, 1937, pp. 482-485 [trad. esp.: *El proceso del centro antisoviético trotskista ante el Colegio Militar Supremo de la URSS*, Moscú, Comisariado del Pueblo de Justicia de la Unión Soviética, 1937].

El 28 de octubre de 1938, el jefe de la NKVD, Yezhov, y su adjunto y futuro sucesor, Beria, retoman paralelamente el rumor monárquico en un “documento” falsificado a instancias suyas: “El ex presidente del sóviet de diputados obreros de Petersburgo en 1905, Georgui Jrustalev-Nossar, ha publicado un libro titulado *Un pasado cercano*, en cuyo prefacio califica a Trotski-Bronstein de agente de la Ojrana zarista desde 1902”. Además, “Jrustalev-Nossar fue fusilado en Pereslav en 1919 por orden directa de Trotski, que con ello decidía quitarse de encima un testigo de su colaboración con la Ojrana”. Yezhov y Beria declaran por último que han descubierto una nota del agregado militar ruso en Estados Unidos, donde se afirma lo siguiente: “Trotski dirige en Norteamérica la propaganda socialista a favor de la paz, pagada por los alemanes y personas próximas a ellos”.⁶ Stalin no utilizó esa falsedad demasiado grotesca. ¡Seis meses después, haría detener a Yezhov y lo acusaría de haber armado una red trotskista dentro de la NKVD!

El 23 de agosto de 1939, Stalin y Hitler firman un pacto de no agresión. De agente de la Gestapo, en lo sucesivo amiga de la URSS, Trotski pasa a ser “agente del imperialismo yanqui”. La revista *Futuro*, publicada en México, donde por entonces él está refugiado, declara: “Trotski y sus agentes de informaciones y provocación se han puesto, como es lógico, al servicio del Federal Bureau of Investigation (FBI) estadounidense”. El mecanismo de esta mutación “lógica” pero inesperada es simple: “La Gestapo ha excluido de su seno a los espías de Trotski [...]; la ruptura entre Trotski y la Gestapo tiene su origen en los lazos establecidos por los agentes trotskistas [...] con la judería internacional”. En consecuencia, “hoy, el trotskismo ya no es en América Latina más que una agencia de penetración, provocación, confusión y espionaje al servicio de los imperialistas de Wall Street”.⁷ Los calificativos dependen de las necesidades del Kremlin. Durante el gobierno de Brézhnev, en momentos de suma tensión con Israel

⁶ Dmitri Volkogonov, *Trotski: politicheski portret: v dvukh knigakh*, Moscú, Novosti, 1992, vol. 1, p. 82.

⁷ Citado en León Trotski, *Futuro, El Popular, La Voz de México* et les agents du GPU”, en *Œuvres*, vol. 24, París, Institut Léon Trotsky, 1987, pp. 214-215 [trad. esp.: “Explicaciones complementarias e indispensables a mis declaraciones del 2 de julio”, en *Escritos de León Trotski*, Bogotá, Pluma, 1976].

por la emigración de los judíos, Shevtsov, en su novela *Le Pou* ["El piojo"], denunciará a Trotski como un agente sionista financiado por la familia Rothschild.

Todo esto corresponde a un pasado lejano, se dirá. Quién sabe... En septiembre de 1988, el nacionalista ruso Kunaiev afirma: "Pol Pot aprendió sus lecciones con él", con referencia al exterminio de una cuarta parte de la población de Camboya. Dos años después, en el semanario ruso *Literaturnaia Gazeta*, un historiador dice: "Trotski fue el primero en decretar la ejecución masiva de poblaciones y la de sus propios camaradas comunistas", mientras que la revista *Moskva* afirma: "El portavoz e ideólogo más virulento [...] del fascismo cultural ha sido Trotski". En 1995, la editorial Seuil publica los recuerdos del espía soviético Sudoplatov. La edición occidental suprime algunos pasajes del texto ruso que repiten los clichés estalinistas sobre los vínculos entre trotskistas y nazis. Sudoplatov le agrega (¡en ruso!) una noticia bomba: los dirigentes que han provocado la caída de la URSS "enmascararon sus estrechos intereses iniciales, limitados a la lucha por el poder, mediante consignas tomadas de Trotski, como la de la 'lucha contra el burocratismo y la dominación del aparato del partido'".⁸ En 1997, el diario nacionalista *Sovietskaia Rosia* imagina en una caricatura a un Trotski que acaricia la cabeza de sus presuntos "nietos": tres miembros del gobierno de Yeltsin –Chubáís, Gaidar y Nemtsov– que privatizaron, liberaron los precios, vendieron a precio vil y liquidaron la mitad de las empresas del país, saquearon y destruyeron sus riquezas y desmantelaron las conquistas sociales, en provecho de los clanes mafiosos. Trotski, que ya en 1936 había denunciado "la liquidación de la propiedad estatal" que ocasionaría "una caída catastrófica de la economía y la cultura", se transforma así en apologista del restablecimiento destructivo de la propiedad privada de los medios de producción.⁹

En sentido inverso, Sergo Beria, hijo del jefe de la policía política de Stalin y del gulag, publicó en Rusia en 1994 sus recuerdos, cuya edición francesa, establecida con el concurso de una universitaria, apareció en París en 1999. A su juicio, "la NKVD infiltraba todo el movimiento trotskista.

⁸ Karen Jachaturov, *Literaturnaia Gazeta*, 22 de agosto de 1990.

⁹ Pável Sudoplatov, *Razviedka i Kremľ*, Moscú, Teia, 1996, p. 95.

[...] Mi padre consideraba que era mejor ingeniárselas para mantener a Trotski en vez de dejarlo depender financieramente de los estadounidenses, los alemanes y los ingleses", porque según sus palabras, "vigilamos cada gesto de Trotski y lo controlamos a la perfección".¹⁰ Así, Trotski era financiado y controlado a la vez por la policía de Stalin, la Gestapo, el Intelligence Service y el FBI.

Durante la primavera de 2002, Francia fue testigo del florecimiento de una decena de obras dedicadas a Trotski y los trotskistas. En ellas encontramos la misma imagen de un Trotski marcado por una "concepción sanguinaria del poder [...]. Poco importan los muertos, los estragos, la locura. León es un extremista, un psicópata [...]. Trotski apela constantemente a la violencia". Otro de los libros lo presenta a la vez como un asesino ("quien no cree en Trotski es un traidor al que es preciso eliminar") y un loco ("Trotski se pone gafas alucinógenas", "delira", hace un "análisis individual paranoico").¹¹

Hasta el "hitlerotrotskismo" estaliniano vuelve a salir a veces a la superficie. En septiembre de 2004, una tal Annie Lacroix-Riz, una universitaria afiliada al Partido Comunista francés, escandalizada por un elogio de Trotski escrito por una comunista cubana, Celia Hart, acusa a aquél de haber intentado "un compromiso con el Reich y su ejército para expulsar al vencedor odiado", y esgrime como "prueba" una carta del embajador de Francia en Moscú, icuyo predecesor en 1917, Noulens, denunciaba a Lenin como agente alemán!

A ese Trotski anticomunista, dos universitarios franceses, Georges Mink y Jean-Charles Szurek, oponen en 1999 un "Trotski revolucionario represivo y víctima de la revolución, ilustración de la complejidad del comunismo, tanto en sus destrucciones criminales como en sus construcciones ilusorias".¹² En 2001, una "directora de investigaciones del Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS) acusa en la primera plana de *Le Monde* a Trotski de justificar el asesinato y hasta el linchamiento. Pero la

¹⁰ León Trotski, *La Révolution trahie*, París, Union générale d'éditions, 1969, col. 10-18, p. 253 [trad. esp.: *La revolución traicionada*, Barcelona, Fontamara, 1977]. Caricatura reproducida en *Cahiers du mouvement ouvrier*, 1, abril de 1998, p. 127.

¹¹ Sergo Beria, *Beria, mon père*, París, Plon/Critérion, 1999, p. 96.

¹² Georges Mink y Jean-Charles Szurek, *La Grande conversion*, París, Seuil, 1999, p. 15.

actualidad galopa detrás de los ensayistas. En 2004, una obra titulada *De Lénine à Ben Laden* incorpora a Trotski a esa sorprendente continuidad, y varios periodistas, durante el debate sobre el velo islámico, evocan un nuevo monstruo político: el “islamotrotskismo”. Los procedimientos de la amalgama son eternos...¹³

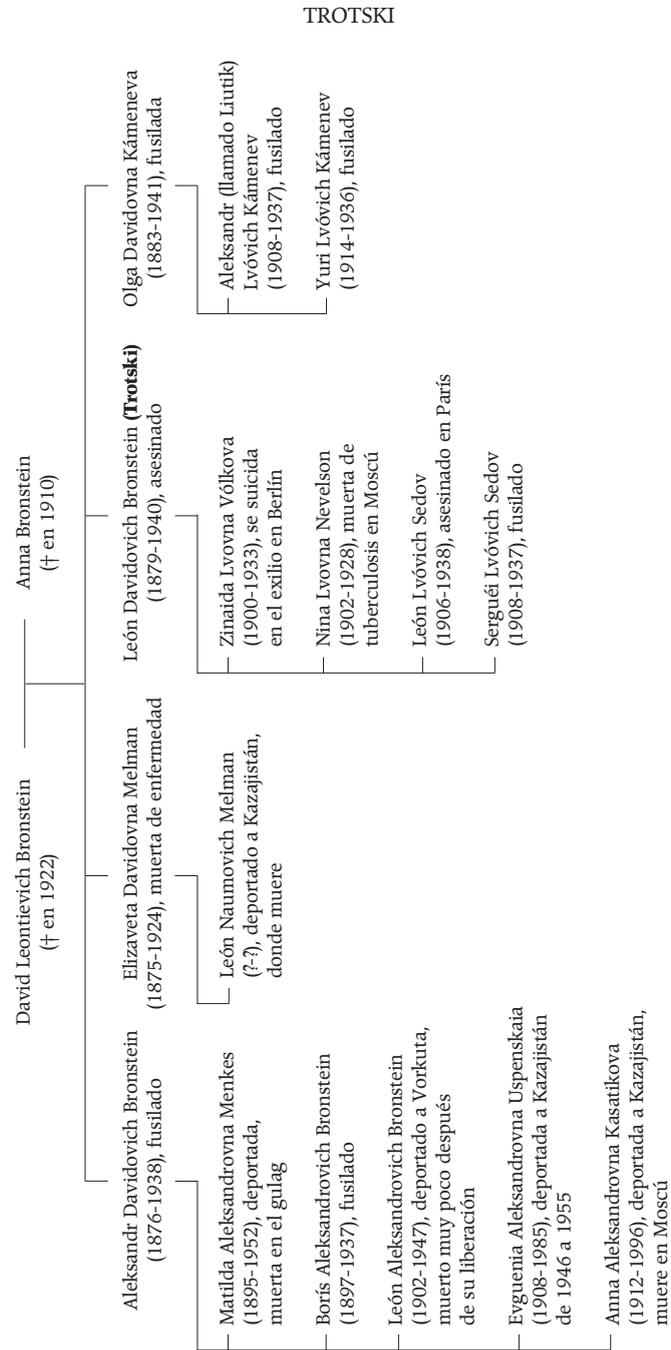
¿Por qué ese encarnizamiento casi setenta años después de su muerte? Uno de los autores citados responde: “Trotski está muerto, pero sus adeptos todavía se mueven”. Un suelto anónimo de *Marianne* del 11 de junio de 2001, titulado “Los estalinistas tenían razón”, sostiene: “Los trotskistas están por doquier; infiltran, subvierten, intoxican”. Durante la campaña presidencial de 2002, un eurodiputado verde condensa el magro contenido de uno de sus discursos gritando: “¡A la mierda con Trotski!”, mientras que un diputado partidario de Chirac afirma a la sazón que “es necesario evitar que la juventud tenga que elegir entre Le Pen [...] y Trotski”, quien, cabe deducir, sigue vivo.

Si Trotski aún es vilipendiado, es sin duda porque representa una continuidad hoy abandonada por todos los partidos oficiales que reivindicán el “socialismo”. ¿En qué consiste dicha continuidad? En la constatación de que la sociedad siempre está fundamentalmente dividida entre los hombres y las mujeres que venden su fuerza de trabajo para vivir, por un lado, y quienes la compran y explotan intentando pagarla lo menos posible y extraen de ello su provecho y sus beneficios, por otro. En la constatación, por tanto, de que entre esas dos clases hay un conflicto fundamental e irreductible de intereses, que hoy día se procura disimular en el vocabulario (“los ciudadanos”, los “franceses”, “el mundo de la empresa”, las “comunidades” de todo tipo) y sofocar mediante la desnaturalización o la liquidación de las organizaciones específicas de los explotados.

Las tres primeras Internacionales se habían fijado el objetivo de ayudar a dichos explotados a poner fin a ese estado de cosas por medio de la instauración de la propiedad colectiva de los medios de producción, que figura con todas las letras en el programa de la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) fundada en 1905. Esas organizaciones desapare-

cieron, por diversas razones, sin haber alcanzado su meta. Trotski, por su parte, se asignó como tarea a partir de 1933 la asunción de su continuidad histórica. Si damos crédito a la obsesión que él genera, en ello radica su actualidad. En consecuencia, esta biografía abordará sobre todo el período de su vida que va desde la fundación de la Internacional Comunista, cuyo manifiesto él redacta en marzo de 1919, hasta la fundación de la IV Internacional que Stalin intentó, en vano, amordazar al hacerlo asesinar en México en agosto de 1940.

¹³ Monique Canto-Sperber, “Injustifiable terreur”, en *Le Monde*, 4 de octubre de 2001; Pierre Clermont, *De Lénine à Ben Laden*, París, Rocher, 2004.



I. El aprendizaje inicial

UN DÍA DE 1918, en plena guerra civil, Trotski redacta a toda prisa una noticia biográfica de una docena de páginas para los servicios del Comité Central del Partido Bolchevique. En ella evoca en pocas líneas el comienzo de su vida:

Nací el 26 de octubre de 1879 en la finca de mi padre, colono y propietario de tierras de la aldea de Yanovka, situada en el gobierno de Jerson, distrito de Elisavetgrado; hasta los nueve años viví sin interrupción en el campo, y luego ingresé como externo a la Realschule San Pablo de Odesa; durante todos mis estudios di pruebas de gran aplicación y siempre fue el primero de la clase. En segundo año me separaron temporariamente por haber organizado una “protesta” contra el profesor de francés [...]. Al pasar a séptimo año me transfirieron a Nikolaiev. Allí tuve contacto por primera vez con los medios radicales y el universo de las ideas revolucionarias.¹

¿Qué agregar de esencial a este breve cuadro de su infancia y su adolescencia esbozado en 1918, y que Trotski desarrollará largamente en su autobiografía, *Mi vida*, escrita y publicada en 1929?

Trotski viene al mundo en el momento en que el régimen zarista atraviesa las primeras convulsiones anunciadoras de su agonía. El reino de Alejandro II, iniciado en 1856 en un clima de euforia, termina entonces en la desilusión y el desconcierto. Tras la abolición de la servidumbre en 1861, los campesinos, condenados a pagar durante 49 años el importe de las

¹ *Proletarskaia Revoliutsia*, núm. 3, 1922, p. 244.

magras tierras que se les han otorgado y que ellos consideraban ya pagadas con su sudor, sus prestaciones personales y sus cánones, se doblegan bajo un fardo demasiado pesado. Al final del reino de Alejandro II, la suma total de sus impuestos directos e indirectos supera a menudo los ingresos obtenidos con sus tierras. A la primera catástrofe climática, el hambre los acecha. Al cabo de treinta años, en 1891, sólo han devuelto al Estado el 1,2% de las indemnizaciones de rescate anticipadas por éste a los nobles holgazanes. La emancipación por medio del rescate de la servidumbre agobia a los campesinos, víctimas, además, de la corrupción general de la administración. En efecto, pagan, un año con otro, alrededor de 45% en impuestos directos. Alimentan, por otra parte, las cajas del Estado gracias a las numerosas tasas sobre los productos básicos (sal, tabaco, té, combustible para lámparas, vodka).

La burocracia estatal reina sin control sobre una masa social informe. Los artesanos, los comerciantes y los escasos industriales no son sino un pálido sucedáneo del tercer estado de la Revolución Francesa; la *intelligentsia* se las arregla como puede al margen de la sociedad. Los estudiantes, poco atraídos por el lúgubre servicio burocrático de un Estado autocrático, sin salida social ni perspectiva política, son otros tantos futuros plebeyos desclasados.

En la década de 1860, esa *intelligentsia* adhiere en su mayoría al populismo, que ve en el campesino al portador de la revolución social. Para los populistas, según las palabras de Aleksandr Herzen, “el hombre del futuro en Rusia es el mujik, como en Francia es el obrero”. En su opinión, los fundamentos del comunismo ya existen en Rusia: el *mir* (comunidad rural) y la *obshchina* (forma colectiva de apropiación y reparto de las tierras) deben permitirle pasar al socialismo sin atravesar la etapa infernal del capitalismo y la transformación dolorosa del campesinado en proletariado industrial.

En 1874 y 1875, casi 2 mil jóvenes populistas se trasladan, pues, a las aldeas para alfabetizar y politizar a campesinos que, desconfiados, los expulsan, los muelen a palos o los denuncian. Muchos populistas desengañados deciden entonces recurrir al atentado para imponer reformas democráticas al régimen. Fundada en 1878, la organización populista Voluntad del Pueblo (Narodnaia Volia) exige al zar el establecimiento de las libertades políticas, so pena de eliminarlo. En marzo de 1880 anuncia

que sólo dejará de luchar cuando Alejandro II abdique y permita que una Asamblea Constituyente sienta las bases de la reforma social. Ahora bien, el zar, para hacer frente a una Europa que ha aplastado a Rusia durante la Guerra de Crimea, en 1855-1856, quiere modernizar las instituciones sin conmovier sus cimientos burocráticos, cuyo mantenimiento impide cualquiera verdadera reforma.

León Bronstein tiene menos de 2 años cuando, la mañana del 1º de marzo de 1881, un miembro de Voluntad del Pueblo mata a Alejandro II con una bomba que explota a su paso. Los autores del atentado son ahorcados y la organización queda desmantelada. Alejandro III, firme partidario de la autocracia, del nacionalismo ruso y de la ortodoxia religiosa, convencido de ser monarca por derecho divino, promulga el “estado de excepción reforzado”, que permite suspender por un mero decreto todas las libertades individuales. Al año siguiente establece “secciones de protección del orden y seguridad pública”, la Ojrana, que infiltran y desmantelan los escasos grupos revolucionarios. Toda la sociedad queda bajo la vigilancia de una policía omnipresente. La denuncia se convierte en una institución. En 1887, la policía detiene en San Petersburgo a un pequeño grupo de estudiantes que preparan un atentado contra Alejandro III. Los aprendices de terroristas, entre quienes se encuentra Aleksandr Uliánov, el hermano mayor del futuro Lenin, son colgados.

En 1884, el gobierno ha triplicado los costos de matriculación en la universidad para impedir el ingreso de los alumnos necesitados; en 1887, el ministro de Instrucción ordena “apartar de los gimnasios [liceos] a los hijos de cocheros, lacayos, cocineras y gente de la misma clase”, a sus ojos, semillas de rebelión. Todos los súbditos del imperio quedan registrados entonces como miembros de una confesión autorizada, y el estado civil y el matrimonio competen a los clérigos; se prohíbe el ateísmo. La educación religiosa ortodoxa es obligatoria en la escuela. El sostén del ejército, la flota y el aparato estatal insume casi las dos terceras partes del presupuesto. En noviembre de 1888, la corte toma en París su primer préstamo.

El ministro de Hacienda, Iván Vyshnegradski, intenta financiar las compras de material y máquinas inundando el mercado mundial de cereales y azúcar rusos a bajo precio. Declara: “No comeremos hasta hartarnos, pero exportaremos”, y crea así el mito de la Rusia granero de trigo. Du-

rante el invierno de 1891-1892, esta política culminará en una hambruna que devasta la cuenca del Volga, afecta a cerca de 30 millones de personas, difunde el cólera y provoca varios centenares de miles de muertos. La hambruna, reverso de la exportación creciente de cereales, se repetirá, con menos gravedad, en 1899 y 1902, y hace vacilar los cimientos del Estado.

En 25 años, la industrialización duplica la cantidad de obreros fabriles, que llegan a ser más de 1.500.000 a comienzos de la década de 1890. El ritmo de trabajo en los talleres y una jornada laboral de 14 a 16 horas en instalaciones habitualmente insalubres embrutecen a ese proletariado, apenas salido del campo y de la servidumbre para pasar del arado a la máquina. Hacinados en tugurios o inmensas barracas que flanquean las empresas, los obreros constatan la mengua de su magro salario, parcialmente pagado en especie, a causa de numerosas multas. A veces se rebelan, destruyen las máquinas y saquean las oficinas, para sólo lograr que la policía o las tropas los apaleen. Esas acciones salvajes, prolongación de las revueltas de los siervos del pasado, esbozan sin embargo una conciencia obrera contra la superexplotación.

En septiembre de 1883, cinco antiguos populistas, entre ellos Georgui Plejánov y Vera Zasúlich, constituyen en Ginebra la primera organización marxista rusa, Emancipación del Trabajo. En Rusia, pequeños círculos obreros, establecidos como consecuencia de la creación de ese grupo, organizan reuniones de estudio, formación, propaganda y educación, cajas de socorros mutuos y bibliotecas clandestinas, pero no tardan en ser disueltos por la policía.

El quinto hijo de la pareja formada por David y Anna Bronstein, llamado León, nace el 26 de octubre de 1879 en un lugar apartado de los vientos de la historia, Yanovka, burgo del sur de Ucrania, en medio de los campos, los prados y los rebaños de carneros, a 23 kilómetros de la primera aglomeración con oficina de correos, Bobrinets; a 35 kilómetros de la primera estación ferroviaria, Novy Bug, en la línea que une Elisavetgrado y el puerto de Nikolaiev; a 150 kilómetros al norte de este puerto y a 200 kilómetros al nordeste de la gran ciudad marítima de Odesa. Yanovka está, pues, lejos de todo, incluso de la gendarmería y los pogromos que ensangrientan Elisavetgrado y Odesa inmediatamente después del asesinato de Alejandro II.

De los cuatro hijos nacidos antes que él, sólo dos viven aún: Elizaveta, nacida en 1872 o 1873, y Aleksandr, nacido en 1876. Su madre tendrá otros tres hijos, de los cuales sólo sobrevivirá una, Olga. León pasa sus primeros nueve años de vida en la casa familiar, un caserón de adobe con suelo de tierra batida y cinco habitaciones, cuatro de ellas en el piso bajo, flanqueado por una gran construcción para los domésticos, tres graneros, caballerizas, un establo, un chiquero y un gallinero. El dueño de casa, David Bronstein, ha organizado con el paso de los años una explotación de casi 300 hectáreas, 100 de su propiedad y las otras 200 alquiladas a un ruso. Como una ley de 1882 prohíbe a los judíos comprar tierras, Bronstein agranda su finca mediante contratos de arrendamiento que son en realidad compras camufladas. A fines de la década de 1880, su vasta finca abarca cerca de 1.000 hectáreas; es uno de los terratenientes judíos más grandes de la región.

La familia vive, destaca Trotski, en la "holgura austera de gente que sale de las necesidades, se eleva y no tiene ganas de detenerse a medio camino. Todos los músculos se inclinaban y todos los pensamientos se dirigían hacia el trabajo y la acumulación". León Bronstein pasa una infancia sin privaciones, pero también sin ternura. "Cuatro de los ocho hijos traídos al mundo por mi madre murieron de muy pequeños a causa de la difteria y la escarlatina. Perecieron casi inadvertidos, así como sus sobrevivientes subsistieron casi inadvertidos."² Es indudable que su decepción lo lleva a exagerar, porque David Bronstein, analfabeto que sólo aprende a leer en 1910, el mismo año de la muerte de su esposa, se preocupa por la educación de sus hijos. Envía a Aleksandr a la escuela real (colegio secundario moderno sin lenguas antiguas) de Elisavetgrado; compra el viejo clavicordio de una vecina arruinada; hace aprender el violín a Aleksandr y el piano a Olga, y abona a su mujer y sus hijos a *Niva*, una revista de divulgación literaria, artística y científica.

Lo poco que se sabe de sus padres proviene del propio Trotski, muy reservado en lo que concierne a su papel: "Ya es bastante con que los padres no impidan el desarrollo de los dones naturales de sus hijos".³ En *Mi*

² León Trotski, *Ma vie*, París, Gallimard, 1953, p. 33 [trad. esp.: *Mi vida. Ensayo autobiográfico*, México, Juan Pablos, 1973].

³ León Trotski, *La Jeunesse de Lénine*, París, Les Bons caractères, 2005, p. 136 [trad. esp.: *El joven Lenin*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972].

vida, apenas dedica unas pocas líneas glaciales a su madre, que lee mucho luego de una agotadora jornada de trabajo, y le reprocha “mostrarse a menudo irritada” y “hacer recaer en los hijos su cansancio o el tedio del gobierno de la casa”. Juzga a su padre superior a su madre “por la mente y el carácter”⁴ y subraya su perspicacia y su voluntad. Un efímero compañero de juegos, Ziv, ve en la voluntad el rasgo esencial del joven Bronstein. Es la escuela paterna.

Si bien durante su infancia monótona, ritmada por el lento movimiento de la vida en el campo, no conoce la necesidad, percibe su realidad al observar a los jornaleros miserables empleados por su padre. Pero una cosa es observar, y otra sufrir. Su infancia es solitaria. En su autobiografía jamás vemos pasar la sombra de un amigo, un compañero, un compinche en la escuela, donde permanece encerrado en su caparazón. A lo largo de su existencia, por lo demás, apenas tendrá tres o cuatro amigos, todos políticos. Tampoco tiene una verdadera vida familiar, ni como hijo ni, más adelante, como padre.

En *Mi vida* no menciona casi nunca a sus hermanos y hermanas, salvo para citar al pasar su existencia fantasmagórica. Sin duda, no contaron para él en su infancia encerrada en sí misma. Bajo el título “Mi familia”, sólo habla de su padre y su madre. Su hermano mayor, Aleksandr Bronstein, llegará a ser dueño de una cervecería y, aunque ajeno a toda actividad política, será fusilado durante el régimen de Stalin, el 25 de abril de 1938; su hermana mayor Elizaveta se casará con un médico de Odesa y morirá en 1924, y su hermana menor, Olga, se afiliará al Partido Bolchevique, se casará con León Kámenev, miembro del Politburó (buró político), se divorciará, dirigirá durante un tiempo la Sociedad de Relaciones Culturales con el Extranjero, Stalin la enviará a prisión y será fusilada el 11 de octubre de 1941. Pero Trotski se limita a mencionar sus nombres y dibujar una vaga silueta.

Para permitirle proseguir los estudios más allá de la escuela primaria, en septiembre de 1888 sus padres lo envían a Odesa, donde se aloja en lo de un sobrino de su madre, Moiséi Filipovich Spenser, intelectual judío ateo, traductor de los trágicos griegos y fundador de una editorial. León

⁴ León Trotski, *Ma vie*, op. cit., pp. 34 y 35.

Bronstein es aplazado en el examen de ingreso al primer año de la escuela real de San Pablo, dirigida por luteranos alemanes. Sólo consigue tres puntos sobre cinco en ruso. Su manera de hablar, una mezcla de ucraniano y ruso, desagrada a los examinadores rusos, que ven en el ucraniano una vil jerigonza. Suspendido, se lo admite en una clase preparatoria anexa. Se recuperará durante los años siguientes y, una vez aceptado en San Pablo, será siempre el primero de la clase; así lo confirma su condiscípulo Ziv, a pesar de que no siente ninguna simpatía por él.

Odesa, principal puerto de exportación del trigo ruso y de importación de ultramarinos, es una ciudad comercial y cosmopolita. De esta aglomeración abigarrada y pintoresca, donde pasa seis años, el joven Bronstein no ve o, en todo caso, no recuerda nada. En 1924 señalará:

Me cuesta mucho recordar la topografía de las ciudades, e incluso de las viviendas. En Londres, por ejemplo, me perdí más de una vez en el trayecto relativamente corto que separaba el alojamiento de Lenin del mío. Durante mucho tiempo tuve muy mala memoria para las fisonomías. En cambio, recordaba y sigo recordando muy bien las ideas, sus combinaciones y las conversaciones sobre ideas.⁵

El mundo exterior, la vida de la calle, los deportes, no le interesan. “La vida me parecía hecha para los estudios y la lectura [...]. La naturaleza y los hombres, no sólo durante mis años de escuela, sino más adelante, en mi juventud, ocuparon menos lugar en mi vida espiritual que los libros y las ideas [...]. Durante mucho tiempo, la gente atravesó mi conciencia como sombras fortuitas”,⁶ que apenas advierte. Aun sus dos hijas, sobre todo la mayor, tuvieron en ocasiones la sensación dolorosa de ser sombras para él. Pronto, su miopía lo obliga a usar anteojos o quevedos; cuanto más se vela su mirada sobre el mundo exterior, más se concentra en el universo interior.

Devora libros hasta bien entrada la noche, ayuda a su tío impresor y se embriaga con el olor de la tinta de imprenta. Más adelante escribirá:

⁵ León Trotski, *Lénine*, París, PUF, 1970, p. 13 [trad. esp.: *Lenin*, Barcelona, Ariel, 1972].

⁶ León Trotski, *Ma vie*, op. cit., p. 75.

“Todo lo que la vida habría de darme luego de interesante, de sobrecogedor, de alegre o de afligente, estaba ya contenido en las emociones de mis lecturas, como alusión, como promesa, como un tímido y leve esbozo a lápiz o a la acuarela”.⁷ Odesa lo convence de que la ciudad civiliza.

Aprende a conocer a los hombres por su historia y su cultura, no por el trato individual. El estadounidense Eastman, a quien conoce en Rusia a principios de la década de 1920, destaca que carece de la percepción del sentimiento de los otros, que no le interesan. Es muy reservado. Fanny Spenzer, que vivió seis años a su lado, jamás supo nada de sus pensamientos. Sólo puede afirmar que por entonces no se interesaba ni en las jóvenes ni en el deporte. Esta distancia afecta incluso a sus allegados.

Pasa seis años en la escuela real. Más adelante bosquejará una galería de retratos grotescos de sus profesores, todos, en su opinión, feos, nulos y cómicos. El cuadro de sus condiscípulos no es mucho más halagador. En *Mi vida* menciona a ocho de ellos. Seis son “gazmoños hipócritas” o “estúpidos”. Uno de sus secretarios políticos señalará además que sus observaciones sobre la gente solían ser sarcásticas, actitud que no contribuye a multiplicar las amistades. Su afición por la ironía lo convertirá en un temible polemista.

En 1891, por su participación en un modesto escándalo, queda excluido de la escuela hasta fin de año, pero tiene derecho a reinscribirse en la clase superior el año siguiente. Sus ideas se forman entonces lenta y confusamente. Las reticencias de la familia Spenzer con respecto al absolutismo y el oscurantismo monárquicos favorecen una vaga insatisfacción ante el orden social y político existente, así como una aspiración igualmente confusa a ver un progresivo acercamiento de la atrasada Rusia a la avanzada Europa.

El 1º de noviembre de 1894 muere Alejandro III. Este emperador corto de ideas ha instaurado en Rusia un orden político severo. Durante su reinado, la historia parece haberse detenido. Tras 11 años y medio de reacción obtusa, surgen vagas esperanzas de cambio depositadas en la persona de su sucesor, Nicolás II. Pero el nuevo emperador, limitado e inculto, suma una pusilanimidad hipócrita y vindicativa a una mediocridad inte-

⁷ León Trotski, *Ma vie, op. cit.*, p. 76.

lectual de la que su diario íntimo da una imagen abrumadora. En 1892, su padre se burlaba de “sus juicios pueriles”. Nicolás está convencido de ser un emperador autócrata e omnipotente por gracia de Dios. Tiene a su lado una esposa, Alejandra, duquesa alemana convertida a toda prisa a la ortodoxia, aún más convencida que él de su misión divina. El zar se rodeará de charlatanes, curanderos y médiums, cuya más perfecta encarnación será el licencioso y turbio Rasputin. Su principal consejero será durante mucho tiempo el presidente del Santísimo Sínodo, Pobiedonostsev. En 1901, cuando Nicolás quiera nombrar a un nuevo ministro del Interior, pedirá a éste que lo ayude a elegir entre Plejve y Sipiaguin. Su mentor le responderá: “Plejve es un granuja y Sipiaguin un imbécil”. El zar elegirá al imbécil, pronto asesinado, y luego al granuja, también asesinado al cabo de un tiempo. Toda la corte imperial se deja ver en esa viñeta.

En su primer discurso ante los delegados de los *zemstvos* (asambleas locales), pronunciado el 16 de enero de 1895, Nicolás II denuncia una idea expresada aquí o allá, “los sueños insensatos sobre la participación de los representantes de los *zemstvos* en el gobierno del país”. De ese modo cree mostrar su fuerza, y fanfarronea: “Mantendré sin cambio alguno el principio de la autocracia”. Sin embargo, Rusia se mueve y cambia. Serguéi Witte, ministro de Hacienda desde agosto de 1892, implementa una política de desarrollo industrial fundado en la superexplotación de la población obrera y campesina y los préstamos masivos tomados en el exterior, sobre todo en Francia. A fines de siglo, las dos terceras partes de las acciones de los sectores minero y metalúrgico están en manos de capitales extranjeros, principalmente franceses. Witte procura así generar un capital y una burguesía nacionales a la que el zar niega todo derecho político. En junio de 1894 instaura el monopolio estatal sobre la venta de alcohol, pilar de su presupuesto, llamado desde entonces “presupuesto de la borrachera”; Stalin retomará esta tradición. La industrialización crea una clase obrera, aún reducida (de 1865 a 1890, el número de trabajadores fabriles pasa de 700 mil a 1.430.000), sin tradición ni organización –sindicatos y partidos están prohibidos– y sometida a una muy larga jornada laboral, así como a salarios de hambre recortados para colmo por un sistema de multas. Esta clase obrera naciente comienza a manifestar su existencia a través de huelgas salvajes, reprimidas con brutalidad.